

JOSÉ ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA (1916-1995),

impulsor de la arqueología emeritense

José María Álvarez Martínez¹
Museo Nacional de Arte Romano
Mérida

José María Álvarez es Doctor en Filología Clásica. Fue director de las excavaciones de Mérida, miembro de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas, vocal de la Junta de Calificación, Valoración y Exportación de Bienes del Patrimonio Histórico Español, y director del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz. Actualmente dirige el Museo Nacional de Arte Romano. Pertenece a diversas academias e instituciones nacionales y extranjeras y es miembro de la Junta Superior de Museos y de los Patronatos del Museo Arqueológico Nacional y Museo Nacional de Escultura. Ha desarrollado una amplia labor científica especialmente en el campo del urbanismo, la arquitectura y el mosaico de época romana.

Resumen: José Álvarez Sáenz de Buruaga, funcionario del Cuerpo Facultativo de Conservadores de Museos, fue destinado al Museo Arqueológico de Mérida con el fin de organizar sus fondos tras el gran período de excavaciones sistemáticas llevadas a cabo en la ciudad por D. José Ramón Mélida y D. Maximiliano Macías. Su labor cristalizó en la configuración de un importante museo, con colecciones de primer orden que en 1975 hicieron merecedora a la institución de alcanzar la categoría de nacional y de contar, desde 1986, con un gran edificio, obra del arquitecto D. Rafael Moneo, donde se explica en buena parte el proceso de Romanización de Hispania, y a la vez es la sede de un reconocido centro de investigación del pasado romano peninsular, donde radica la Fundación de Estudios Romanos. Su labor al frente de la arqueología de la ciudad dio como resultado la potenciación del conjunto arqueológico emeritense, puesto en valor por numerosas adquisiciones de predios que propician su adecuada lectura y por la investigación llevada a cabo tanto desde el museo como desde el Patronato de la Ciudad Monumental del que, como secretario del mismo, estuvo muchos años encargado.

Palabras clave: José Álvarez Sáenz de Buruaga, impulsor, Museo Nacional de Arte Romano, Conjunto Arqueológico de Mérida.

Abstract: José Álvarez Sáenz de Buruaga, functionary of the Professional Corps of Museum Curators, was assigned to the Mérida Archaeological Museum to organise its collections following the long period of systematic excavations carried out in the city by José Ramón Mélida and Maximiliano Macías. His work was crystallised in the configuration of an important museum with valuable collections which in 1975 resulted in the museum reaching the category of a national museum. Starting in 1986, the museum was housed in a large building designed by the architect Rafael Moneo, where a large part of the process of the Romanisation of Hispania is explained, and which is also the headquarters of a recognised research centre on the peninsula's Roman past, the Roman Studies Foundation. As a result of his work overseeing the city's archaeology, the archaeological collection of Mérida was strengthened by the numerous acquisitions of premises that facilitated an adequate reading and the investigations carried out by both the museum and the council of the monumental city which he oversaw as the Secretary for many years.

Key words: José Álvarez Sáenz de Buruaga, driving force, National Museum of Roman Art, Mérida Archeological Site.

José Álvarez Sáenz de Buruaga (1916-1995), impulsor de la arqueología emeritense

Si a José Álvarez Sáenz de Buruaga le hubieran pronosticado que iba a desarrollar su vida profesional en Extremadura, no lo hubiera creído ni un solo instante, pues cuando realizaba sus oposiciones al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos en el año 1942, llegó a comentar con sus compañeros, entre ellos Dña. María Luisa Herrera Escudero y D. Jesús Bermúdez Pareja, que no iría ni a Cataluña, ni a Extremadura.

¹ Correo electrónico: jmalvarez@mnar.es

Pero el destino le llevó en primer lugar a Gerona para ocuparse de la dirección del museo instalado en la emblemática iglesia de San Pere de Galligans y en segundo al Museo Arqueológico de Mérida, donde desarrolló casi la totalidad de su carrera profesional.

Mi amiga y compañera Dña. Marina Chinchilla, directora de esta magnífica revista, me encarga una semblanza de mi propio padre y aunque me niego en primera instancia por las razones que todos pueden comprender, ante su insistencia no me queda otra opción que aceptar. Trataré de acercarme a su personalidad, a la valoración de su obra que espero exponer con objetividad, pidiendo disculpas si en algún caso peco de parcial.

José Álvarez Sáenz de Buruaga -como expresa el profesor Blanco Freijeiro, «por su aspecto más bien alto, rubio, de ojos azules y tez muy blanca y por su carácter flemático, rasgos no raros entre los vascos, bien pudiera tener algo de anglosajón...» (Arce y Blanco, 1982: 15-19)-, nació en Vitoria, en noviembre de 1916, en el seno de una familia de comerciantes. Su padre, D. José Álvarez Abellán, de antecedentes asturianos, huérfano desde su primera juventud, logró fundar un reconocido negocio de telas en pleno centro de la capital alavesa, y su madre, Dña. Pilar Sáenz de Buruaga y Gamarra, pertenecía a una familia de amplias raíces vascas (figura 1).

Desde muy joven se vinculó, como otros muchachos de su edad, a las sociedades excursionistas tan frecuentes en el País Vasco, como la de Manuel Iradier, donde encontró a amigos interesados como él en el paisaje sublime de aquellos montes como el Gorbea -cuyas conocidas cuevas de Mairuelegorreta por entonces fueron valoradas-, y en la arqueología, principalmente la correspondiente al período prehistórico, lo que le llevó en compañía de Domingo Fernández Medrano, Basilio Osaba y Ruiz de Erenchun -quien más tarde ocuparía la dirección del Museo de Burgos-, y Ángel Apraiz a recorrer un buen número de yacimientos sin olvidar, y ahí estaba escondida su vocación de arqueólogo clásico sin él apenas saberlo, el notable yacimiento de Iruña, que más tarde excavaría formando parte del equipo del profesor Nieto Gallo.



1. José Álvarez Sáenz de Buruaga en el comienzo de su carrera profesional (Foto: Archivo Álvarez-Nogales).

El interés por la arqueología alavesa nunca le abandonaría y así llegó a crear un notable fichero de sus yacimientos que conservaba en su despacho particular.

Su afición por el mundo de la arqueología le llevó a cursar sus estudios de Historia en la Universidad de Zaragoza, donde le sorprendió la Guerra Civil. Finalizada ésta, opositó a la plaza de funcionario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, que consiguió, siendo destinado al Museo de Gerona como antes adelantábamos. Allí pudo desarrollar su labor ocupándose de los notables yacimientos prehistóricos gerundenses en especial, pues su interés por este período ya había despertado en él desde hacía mucho tiempo y fue cimentado por uno de sus maestros, D. Juan Cabré Aguiló.

En Gerona conoció a grandes arqueólogos como D. Pedro de Palol, fallecido muy recientemente, o Miguel Oliva Prat, a quien promocionó desde su puesto de administrativo de la Diputación Provincial al museo pensando, y no se equivocó en modo alguno, que podría sucederle algún día. Fue feliz en la preciosa «Ciudad de los Sitios» y se vino con pena a ocupar su plaza en el Museo Arqueológico Nacional y para

cumplir el encargo que desde allí le encomendó D. Joaquín María de Navascués y de Juan, a la sazón inspector de museos, con quien ya había colaborado en la confección del modelo de ficha que ha regido hasta nuestros días en los museos del Estado.

Su llegada a Mérida

El encargo no era otro que el de ocuparse de la reorganización del Museo Arqueológico de Mérida y de continuar así la obra, truncada por la guerra, que comenzaron D. José Ramón Mérida y D. Maximiliano Macías, los grandes excavadores de los monumentos más señalados del conjunto augustano y, el segundo de ellos, director del museo hasta 1934, es decir, nueve años antes de su llegada a Mérida. A su vez, recibió la promesa de volver a su plaza de conservador del Museo Arqueológico Nacional para trabajar junto a su admirado Don Blas Taracena.

En alguna ocasión comenté con él el impacto que le causó su encuentro con la ciudad augusta, con la «Roma española» como la definiera certeramente, en un formidable artículo, el hispanista alemán Adolf Schulten. Me refería que se encontró a una Mérida sumida en el letargo, «como a un niño dormido en los brazos de un gigante» como la calificara Larra en uno de sus artículos, una población que perdió el tren de la

historia un malhadado día del año 713 y que, celosa defensora de su tradición cultural, pagó en sus carnes los planteamientos de la nueva situación. Pero en esa ciudad modesta, eminentemente rural, con calles casi sin asfaltar y sumidas en la más profunda oscuridad de la posguerra, le sobrecogió la contemplación de los impresionantes restos de su pasada grandeza: teatro, anfiteatro, circo, templos, acueductos, murallas, puentes... Le sucedió, y perdón por la comparación, como a Nebrija cuando desde la corte literaria de los Zúñiga en Zalamea se acercó a nuestra ciudad para observar sus imponentes ruinas: «¡Todo se muda con el tiempo y perece con los años. Aquí, donde está ahora Mérida, estuvo la colonia Augusta Emerita que Augusto concedió a sus veteranos para que la poblaran!». Fue, también, un auténtico flechazo el que se produjo entre la ciudad y el joven arqueólogo.

La tarea que tenía por delante era ardua². Se debía continuar con el inventario del museo, confeccionado en 1910 por Maximiliano Macías. Por los monumentos de la ciudad estaban depositadas numerosas piezas que había que traer al museo. No fue fácil su labor, pues encontró la incompreensión de los servicios de la Comisaría de Defensa del Patrimonio, encargada de la tutela del yacimiento emeritense, que no consintió el depósito de dichas piezas, que continuaron en barracones, la mayoría de las veces sin referencia exacta de su procedencia. Esta situación fue dulcificada en algunos períodos gracias a la acción de los arqueólogos que aquí trabajaban como Serra Ráfols, Marcos Pous y el profesor Almagro Basch, que sí depositaron el fruto de las excavaciones en el museo como reflejan las memorias de los museos provinciales, editadas hasta los años sesenta. Poco a poco el número de piezas inventariadas y, por primera vez, catalogadas fue creciendo gracias a sus esfuerzos personales, pues entonces el Museo Arqueológico de Mérida sólo contaba con la plaza de conservador-director y conserje.

Consciente de que un museo como el de Mérida debía acoger a numerosos investigadores y de que era un centro importante de investigación, procuró incre-

² «No sabemos si ya entonces barruntaba él los sinsabores que el cargo le reservaba; pero si este aspecto se le ocultó, no tardaría en descubrirlo. Eran, en efecto, los años deprimidos y deprimentes que siguieron a nuestra última contienda civil y en los que el mundo se debatía en la Segunda Guerra Mundial. Los recursos eran parcos, y los pocos existentes se encauzaban hacia empresas de mayor lucimiento que la de atender al museo y a los monumentos de una modesta ciudad provinciana que ni siquiera detentaba la capitalidad administrativa... Sin dejarse asir por el desaliento fue capeando el temporal lo mejor que pudo: el Museo de Mérida se mantenía abierto, aun a costa de ser él quien muchas veces abriese y cerrase sus puertas; la administración y la correspondencia se llevaban con puntualidad; los pedidos de fotografías y los datos que llegaban desde fuera eran asimismo atendidos, aunque para ello fuese menester acudir al propio bolsillo; los forasteros- viniesen solos o en grupo- recibían siempre una afectuosa, hospitalaria acogida» (Arce y Blanco, 1982: 15-16)

mentar el parco fondo bibliográfico que había encontrado a su llegada -apenas cien títulos- y con la ayuda de la Inspección de Museos y, sobre todo, con la sustanciosa de conocidos industriales que consiguió atraer al museo como D. José Fernández López, dueño del célebre Matadero Industrial, o D. Felipe Corchero, director de la industria de concentrado de tomate más importante de España, fue formando el núcleo de la que hoy es considerada como la más importante biblioteca de temática romana de la Península. Estos mecenas también aportaron fondos para la adquisición de piezas o el arreglo de las dependencias de la institución cuando era menester y los presupuestos no daban para ello.

Al tiempo, por su relación con diversas entidades de la ciudad, principalmente con el Instituto de Segunda Enseñanza, de cuya plantilla de profesores pasó a formar parte, atrajo al museo al público de Mérida, indiferente en buena parte a estos asuntos culturales. Poco a poco a través de explicaciones, de ciclos de conferencias desarrollados en la Sociedad «Liceo de Mérida», encuentros... fue despertando el interés del ciudadano hacia su patrimonio arqueológico y hacia la institución. A todos atendía en sus visitas y fruto de ello, como registran los libros de inventario del museo y las referidas memorias, se multiplicaron las donaciones.

Y a toda esta labor, que él llevaba a cabo personalmente, sin contar con la ayuda precisa, a excepción de algún eficaz colaborador al que gratificaba de su propio peculio por su trabajo como D. Juan Francisco Peñafiel Castaños, se fue añadiendo su inmenso amor a la ciudad extremeña, donde encontró a la que iba a ser su mujer, Dña. Carmen Martínez Finch, emeritense, aunque de raíces inglesas por su madre, excelente dibujante que le ayudó en sus publicaciones sobre hallazgos producidos en la ciudad realizando las correspondientes figuras. Estas circunstancias motivaron que planteara una permuta con su buen amigo D. Octavio Gil Farrés, destinado al frente del museo emeritense, una vez producida su marcha a su plaza del Museo Arqueológico Nacional.



2. Instalaciones de la iglesia de Santa Clara
(Foto: M. de la Barrera Ocaña. Archivo del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida).

A la búsqueda de un nuevo edificio para un Museo en amplia proyección

La creciente andadura del museo le llevó a considerar la búsqueda de un lugar donde se pudieran instalar las cada vez más numerosas series emeritenses. Fue prácticamente desde su llegada un objetivo a cumplir puesto que la tradicional sede, desde 1843, de la iglesia de Santa Clara no era capaz de albergar los cada vez más frecuentes hallazgos, que él deseaba presentar con un criterio eminentemente didáctico, al considerar al centro museológico como un fiel y exacto sintetizador de lo que representaba el conjunto monumental augustano.

Edificios históricos de la ciudad como el antiguo Convento de las Freylas de Santiago, junto a la iglesia de Santa Eulalia, el de San Andrés, en el centro de la ciudad y el Conventual Santiaguista fueron considerados en esta búsqueda, aunque el primero de ellos fue pronto desechado por su falta de capacidad.

Mientras tanto, poco a poco y a pesar de la falta de medios, iba introduciendo mejoras en la iglesia de Santa Clara, donde en la antigua sacristía de la iglesia formó una muestra, bien configurada, de las relevantes series visigodas. Al mismo tiempo procedió con pocos medios, y en principio a su costa, aunque luego fue resarcido por ello, a ordenar la instalación que habían dispuesto en 1929 Mérida y Macías, agrupando las piezas por yacimientos, lógicamente los más relevantes por falta de capacidad del espacio: teatro, foros y mitreo, además de la serie de retratos funerarios, verdadera aportación emeritense al arte romano universal (figura 2).



3. El Palacio del Conde de los Corbos ubicado en el antiguo «Templo de Diana» (Foto: Latova).

Las visitas al museo fueron creciendo, pero no de la manera que era de desear, pues como él decía: «Era preciso que el Museo buscara al público». Por ello, desde entonces ya comenzó a considerar la posibilidad de construir algún día el nuevo edificio frente al teatro romano, en el «Solar de las Torres». Eran, por entonces, estos deseos verdaderas quimeras.

La labor continuó durante años en el museo, sin poder realizar excavaciones por no sabemos qué motivos, al estar este servicio en manos de otros. Su tarea la alternaba con la dirección del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz, dependiente del Museo Arqueológico de Mérida. Fueron treinta años de trabajos extra sin contrapartidas económicas de clase alguna y abonando, incluso, sus viajes a Badajoz para atender el centro.

Identificado con la ciudad y preocupado por su actividad cultural siguió, desde el Ayuntamiento, alentando proyectos con la ayuda de mecenas, sobre todo los referidos Fernández López y Corchero. Del grupo de estudiantes y de emeritenses interesados por la cultura que se reunían con él surgió el proyecto de creación de la Biblioteca Pública «Juan Pablo Forner», gestionada por el consistorio emeritense, inaugurada al final de los años cuarenta y a la que se unió el rico Archivo Histórico Municipal, que, al igual que la biblioteca, fueron encomendadas a él en calidad de director. Nos referiremos luego a ello.

Impulsor del conjunto arqueológico emeritense

En 1963 se creó, a iniciativa suya y de las instituciones locales, por el Ministerio de Educación el Patronato de la Ciudad Monumental Histórico-Artística y Arqueo-

lógica de Mérida con el fin de potenciar el conjunto monumental emeritense. Dicho organismo, presidido por el alcalde de la ciudad y el Director General de Bellas Artes, contaba entre sus funciones gestionar la apertura de los monumentos más importantes, adecentar y proteger esos sitios arqueológicos, impulsar las excavaciones, la tutela del yacimiento arqueológico con ocasión de las obras y proyectos que se llevaban a cabo por la iniciativa pública y privada en Mérida, la información sobre el conjunto y la programación de expropiaciones de áreas arqueológicas precisas para propiciar la lectura del yacimiento. El Patronato fue ubicado en el museo y su director fue nombrado secretario y gestor del mismo.

Con la ayuda estatal y la participación, en mucho menor grado, del municipio y de la Diputación Provincial, se llevó a cabo una labor considerable. Fue el momento de las grandes adquisiciones, entre ellas la de los terrenos donde se ubicaba el propio teatro, la zona del circo y diversos predios tanto en el centro como en los alrededores de Mérida donde habían surgido hallazgos relevantes como el de la conocida basílica paleocristiana de «Casa Herrera». Se fomentaron excavaciones como las llevadas a cabo en las casas del «Mitreo» y «Anfiteatro» por parte de García Sandoval. La faz del conjunto emeritense fue mejorando progresivamente.

En 1969 se produjo un cambio sustancial en la marcha de nuestra arqueología, pues el Patronato fue fortalecido con nuevas funciones y el museo, donde residía dicho organismo, se convirtió en gestor único del yacimiento, a la manera de los grandes museos europeos situados en yacimientos de relieve. La Dirección de las Excavaciones pasó a manos de Álvarez Sáenz de Buruaga, en tanto que la protección del conjunto arqueológico fue encomendada a uno de sus antiguos alumnos, D. Fermín Ramos Sánchez, en su calidad de Consejero Local de Bellas Artes.

Comenzó entonces una etapa diríamos casi frenética tendente a la mejora y proyección del conjunto emeritense, apoyada por el equipo de la Dirección General



4. Vista de las excavaciones de Álvarez Sáenz de Buruaga en la Alcazaba de Mérida (Foto: José Latova. Archivo del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida).

de Bellas Artes dirigido por D. Florentino Pérez Embid y del que formaba parte uno de sus grandes amigos, el Profesor D. Martín Almagro Basch.

Se mejoraron las áreas arqueológicas para la visita del público que cada vez en mayor número acudía a Mérida; se establecieron zonas ajardinadas que hermopearon el aspecto de las mismas; se elaboró la información pertinente para la comprensión de cada uno de los monumentos y se adquirieron terrenos y edificios para la mejor contemplación y rescate de áreas significativas. Tales fueron los casos del Palacio del Conde de los Corbos construido sobre el Templo de Diana que pudo, por fin, ser despojado de modernas construcciones, de las áreas de necrópolis (figura 3). Se liberó de edificaciones modernas todo el perímetro de la Alcazaba árabe; se adquirieron los predios donde se encontraban las casas del «Anfiteatro» y del «Mitreo». La zona del Arco de Trajano fue igualmente contemplada en esta política de adquisiciones, al igual que la de la ermita del

Calvario, donde aparecieron los restos de una monumental fuente-ninfeo unida a la conducción de «Proserpina-Milagros» o la «Huerta de Otero», donde aparecieron restos significativos de una *domus* y un buen tramo de la muralla. También se adquirieron predios en la zona del llamado Foro Colonial, tanto en la contigua al Templo de Diana (antigua ermita de Santa Catalina) como en la calle de Sagasta donde había aparecido, ya a finales del siglo XIX, un importante conjunto de ruinas con un singular programa iconográfico y decorativo que, por fin, pudimos identificar en las excavaciones de 1980 con un emblemático espacio de representación del poder imperial. Se llevaron a cabo importantes proyectos de excavación que facilitaron un mejor conocimiento del conjunto arqueológico.

Sus excavaciones en el recinto de la Alcazaba dieron buenos resultados como el descubrimiento de un buen tramo de la cerca amurallada de la antigua Emerita, algunas calles y una *domus* con mosaicos (figura 4).

También dirigió, con nosotros, las del «Templo de Diana», que restituyeron las líneas severas de su arquitectura y donde se produjeron hallazgos de consideración que modificarían la estructura urbana de la antigua colonia. Igualmente las del Circo romano, debidas a un proceso de restauración del monumento o las de la *villa* romana de la dehesa de «Las Tiendas», de la que se obtuvieron datos para el conocimiento de un establecimiento rural del Bajo Imperio de consideración y cuya *pars urbana* ofreció un conjunto musivo de gran relieve, hoy gala del Museo Nacional de Arte Romano.

Diversas excavaciones fueron alentadas desde el museo por el Patronato de la Ciudad Monumental que con muchos esfuerzos y pocos medios lograba cada vez mejores resultados para el conjunto monumental emeritense.

Fueron años de grandes hallazgos y de grandes ingresos en el museo como ponen de manifiesto sus libros de inventario, hasta el punto de que se tuvieron que habilitar barracones en la Alcazaba a donde fueron a parar las piezas recuperadas, además de las almacenadas en el Teatro desde el final de las excavaciones de Mérida, Macías y Floriano y otros hallazgos depositados allí por el Servicio de Defensa del Patrimonio Histórico, nada proclive a ingresar en el museo esos fondos, que trasladó cuando le fue posible nuestro biografiado.

Igualmente, esta vez gracias a la acción de la Dirección General de Bellas Artes, y por parte del magnífico arquitecto D. José Menéndez-Pidal Álvarez y su equipo, se llevaron a cabo proyectos de restauración y consolidación de monumentos, cuyo desarrollo se siguió desde el museo. Entre ellos cabe destacar la restauración del segundo cuerpo escénico del teatro, de diversas partes del circo, de numerosos lienzos de la fortaleza árabe, de las casas romanas, de los acueductos, del Templo de Diana y del Conventual Santiaguista. Todo ello fue la base, el firme punto de partida de la espléndida realidad actual del conjunto emeritense.

La importancia arqueológica de Mérida fue valorada por los participantes en el «XI Congreso Nacional de

Arqueología», celebrado en nuestra ciudad en 1969 y en el Simposio Internacional organizado por el profesor Blanco Freijeiro con motivo del Bimilenario de Mérida en 1975. El yacimiento de Augusta Emerita, bien configurado por Mérida y Macías, poco a poco iba alcanzando su verdadera dimensión de carácter internacional.

Efectivamente, desde el Museo, Álvarez Sáenz de Buruaga, consciente del papel relevante que estas instituciones jugaban en el panorama europeo, trató desde el principio de alentar planes de investigación del yacimiento y de las series que se conservaban en la institución. No lo podemos decir nosotros, por razones obvias, pero ha sido un hecho reconocido ampliamente por un buen número de investigadores interesados por la antigua colonia Augusta Emerita, que el Museo Arqueológico de Mérida y su director estaban abiertos y deseosos de formalizar cualquier colaboración con la universidad, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y diversas instituciones nacionales y extranjeras que desearan trabajar en Mérida. La Universidad de Sevilla, la de Burdeos, la Complutense, la Autónoma de Madrid, el Consejo, etc. por medio de sus responsables, entre ellos el recordado maestro D. Antonio García y Bellido, testimoniaron su agradecimiento a una institución siempre abierta a la investigación científica, lo que a veces, en el panorama de nuestros museos, incomprensiblemente por cierto, no era precisamente lo normal (figura 5).

La generosidad científica del director del museo emeritense fue espontáneamente reconocida en un sentido homenaje que numerosos y cualificados profesionales, coordinados por nuestro maestro y amigo el profesor Blanco Freijeiro y el Dr. Javier Arce, le ofrendaron en un libro que le fue presentado el día en el que la Excma. Diputación Provincial de Badajoz le otorgaba la Medalla de Oro de la Provincia, a la que había sido acreedor tanto por su labor en los Museos de Mérida y Badajoz como por la desempeñada en función de su cargo de Consejero Provincial de Bellas Artes.

Al mismo tiempo, y con el fin de contar con interlocutores válidos con los profesionales que se acercaban

por Mérida, alentó la formación de especialistas en cada una de las materias del museo con la potenciación de la biblioteca del Centro, con encuentros y reuniones a las que acudían los más reconocidos profesionales, cuyas enseñanzas calaron hondo en el joven equipo de investigadores formados en torno a él.

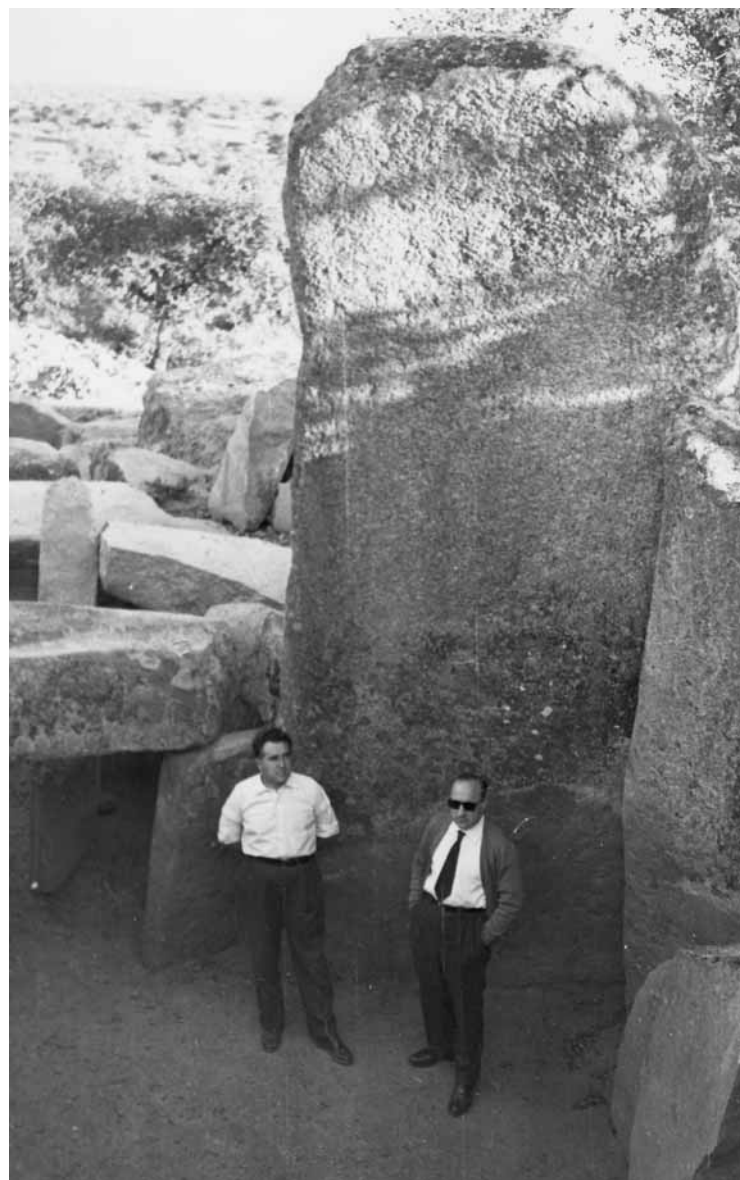
El Museo Nacional de Arte Romano

Pero su objetivo, desde el primer día, era siempre el mismo: la consecución de una nueva sede para el museo emeritense que, por su importancia y dimensión, por Decreto de 7 de julio de 1975, había alcanzado la consideración de nacional. Este proyecto, larvado el día 11 de febrero del mismo año, en ocasión de la visita del titular de Educación para preparar los actos del Bimilenario, venía a colmar ampliamente sus aspiraciones. Pero la empresa de conclusión no iba a ser tarea fácil. Todavía era preciso luchar y no bajar en modo alguno la guardia. Debían de pasar aun seis años de inquietud, y de interesadas incomprensiones, para que el proyecto comenzara a hacerse realidad (Álvarez y Nogales, 1988).

Algunos pensaron que el museo podría ubicarse en el antiguo Conventual Santiaguista y se hizo el correspondiente proyecto, que ya reveló que se trataba de un espacio totalmente insuficiente. Afortunadamente, el hecho de que fuera elegido el edificio como futura sede de la Presidencia de la Comunidad Autónoma de Extremadura dio al traste con dicho proyecto.

Ahora, ya sin ambages, parecía que iba a prevalecer su idea de siempre, la de disponer del «Solar de las Torres», ubicado frente al Teatro, el verdadero «buque-insignia» de la arqueología emeritense, como el de ubicación del nuevo edificio. Y así pudo ser, pues gracias a los esfuerzos de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, dirigida por el profesor Blanco, pudo adquirirse en 1976 el ansiado solar para realizar en él las correspondientes excavaciones.

Realizados los referidos trabajos bajo su dirección, con resultados importantes como hoy pueden verse en la cripta del museo, todavía habría que salvar obstáculos.



5. Con el Prof. D. Martín Almagro Basch en el sepulcro de corredor del «Prado de Lácar» (Foto: Archivo Álvarez-Nogales).

Nos consta, porque lo vivimos con él, cómo removió todos los resortes que estaban a su alcance, cómo buscó los correspondientes apoyos políticos, él, que no era nada proclive a la política. Así pudo abortar decisiones de mejora de la iglesia de Santa Clara y de ubicación en otros lugares del museo, pues su objetivo estaba bien claro.

Por fin, en 1981, la Dirección General de Bellas Artes, con el concurso fundamental de D. Dionisio Hernández Gil, hombre providencial para nuestra institución, puso en manos de Rafael Moneo el proyecto.

A fuer de sincero, me cupo el honor de conocer a mi buen amigo Rafael Moneo antes que mi padre. Fue en



6. Con Rafael Moneo y el autor de este artículo en la puerta del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida el día de su inauguración (Foto: M. de la Barrera Ocaña. Archivo del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida).

Madrid, en el despacho de D. Juan Carlos Elorza, que por entonces ocupaba el cargo de Subdirector General de Museos. Pero a los pocos días, el arquitecto pudo venir a Mérida a establecer el primer contacto con su futuro proyecto que le fue explicado y mostrado en toda su dimensión por un emocionado Álvarez Sáenz de Buruaga que ya acariciaba la realidad de lo que para él durante muchos años fue un sueño.

Pronto se produjo el entendimiento entre ambos y yo fui testigo excepcional de ello. Moneo con su brillante idea de crear un edificio emblemático que recordara, de alguna manera, los planteamientos, aunque vistos desde la modernidad, de la tradicional arquitectura romana, fiel seguidora de la *consuetudo italica*, pero engrandecida por la creación helenística, flexible y capaz de captar la luminosidad de la tierra extremeña y Álvarez Sáenz de Buruaga con su afán de presentar todas y cada una de las facetas que informaron la vida cotidiana emeritense (figura 6).

Pronto Moneo se percató de la importancia y riqueza de las colecciones y se fue metiendo en la piel del singular yacimiento de la mano del director de su museo. Puntos de vista diferentes, incluso discusiones en su caso, dieron paso a una entente que fue beneficiosa para la marcha del proyecto. Por ambas partes hubo cesiones como no podía ser de otra manera. Algunas ideas, como la de dotar de climatización al edificio como continuamente solicitaba el responsable del museo, no se pudieron desarrollar, pero otras muchas siguieron adelante.

Fueron incontables los días de trabajo y de diálogo hasta configurar definitivamente el proyecto y, luego, el seguimiento de la obra que tanto Moneo como mi padre controlaban con el mayor celo, no dejando nada al azar.

El día de la inauguración del Museo Nacional de Arte Romano, el 19 de septiembre de 1986, José Álvarez, jubilado, por imperativo legal, un año antes, asistió emocionado a la conclusión de su proyecto que a mí me tocó protagonizar físicamente, pero todos, desde las máximas autoridades, Sus Majestades los Reyes de España, el Presidente de la República Italiana, el Ministro Solana, que con tanta deferencia le trató ese día, le otorgaron el papel que verdaderamente le correspondía, el de gran protagonista del evento, los altos cargos del Ministerio, con Dionisio Hernández Gil y Paloma Acuña a la cabeza, todos reconocieron su labor y él pudo gozar de uno de los días más felices de su vida profesional, al ver que el sueño de aquel joven llegado a Mérida en 1943 se hacía realidad cuarenta y tres años después.

Fue, sin duda, el triunfo a la constancia de alentar un proyecto en el que se creía, de sortear un buen número de dificultades, de no arrojar nunca la toalla. Un proyecto que daba origen a un museo emblemático, con piezas de relieve que explicaban por sí solas el proceso de la Romanización de Hispania, de un centro de investigación del pasado romano de nuestro país, al que acudiría un buen número de investigadores para hacer avanzar nuestros conocimientos sobre ese período (figura 7).



8. Cuadro pictórico con escena cinagética, descubierto en la emeritense calle de Suárez Somonte (Foto: M. de la Barrera Ocaña. Archivo del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida).



7. Interior del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida (Foto: M. de la Barrera Ocaña. Archivo del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida).

Muchas veces he comentado con Rafael Moneo su relación con mi padre y él me ha expresado su sentido afecto por su figura, al valorar en él el trabajo honrado, sistemático y su bondad y sencillez, las cualidades más definitorias de su carácter.

Álvarez Sáenz de Buruaga perteneció a esa generación de funcionarios del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos que llevaron una andadura erizada de dificultades y que supieron suplir con su ímprobo trabajo las carencias del momento, lo que les confirió un alto prestigio profesional. Muchos como él se podrían citar en la larga nómina que honra a este prestigioso Cuerpo.

Como bien expresa uno de sus mejores amigos, el profesor Blanco Freijeiro, nuestro maestro: «Don José era siempre el mismo, el que impresiona como un gran señor a cuantos le conocen. Con su andar pausado,

propio de un carácter reflexivo, se le veía venir de un lado para otro ejerciendo cuando era menester una discreta vigilancia de alguna obra que aquí o allá se llevaba a cabo y que podía aportar hallazgos o descubrimientos. Así se fue enriqueciendo el Museo Arqueológico de Mérida, hasta el extremo de ser hoy uno de los más plétóricos de España, digno del título de Museo Nacional de Arte Romano con que él mismo ha logrado adornarlo; así también, y gracias a sus óptimas relaciones con sus convecinos, relaciones a las que sin duda contribuyó su enlace matrimonial con una emeritense, se ganó la estima de la ciudad de su elección y pasó a convertirse en uno de tantos naturales de la misma, caracterizado entre todos por su celo, su saber y su curiosidad por la historia de Mérida...» (Arce y Blanco, 1982: 16).

Esa entrega continua a los proyectos del museo le privó, en buena parte, del desarrollo de una producción



9. Monumento erigido a la memoria de José Álvarez Sáenz de Buruaga en el jardín de la iglesia de Santa Clara. (Foto: M. de la Barrera Ocaña. Archivo del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida).

científica para la que él, con su formación, estaba plenamente capacitado. Así, sacando retales de tiempo, entre proyecto y proyecto, entre problema y problema, pudo publicar alguna monografía y numerosos artículos dedicados, además de a dar cuenta de los hallazgos que se producían tanto en Mérida como en la provincia y que luego ingresaban en los museos que estaban a su cargo, a diversos aspectos de la fundación de la *colonia Augusta Emerita*, de la provincia de Lusitania, por lo que mantuvo una relación estrecha con las instituciones portuguesas, que le honraron con algún nombramiento de tipo académico, de las necrópolis emeritenses, a hallazgos pictóricos de relieve como el conjunto de la calle de Suárez Somonte (figura 8), de epigrafía como

el conocido artículo dedicado a la perdida lápida de Proserpina, que él redescubrió en los sótanos de la casa de su amigo D. Fernando Burnay o sobre los acueductos, el Teatro romano, etc. como puede apreciarse en el elenco de la bibliografía emeritense (Velázquez, 2002).

Le interesaba y mucho el período paleocristiano y visigodo, al que dedicó importantes páginas de su producción científica en artículos referentes a los primeros templos cristianos de Mérida, al epitafio de uno de los más carismáticos titulares de la sede metropolitana emeritense, el Obispo Fidel y a la figura de su muy querida Santa Eulalia, patrona de la ciudad que le acogió y a la que definió como «la santa más popular de las Españas».

Ese interés por este mundo, tan importante para la historia de Mérida, le hizo pensar, con nosotros, que la ciudad merecía la creación de un Museo Nacional dedicado a la cultura visigoda, proyecto que él no podrá ver realizado, pero en el que se trabaja en la actualidad.

Álvarez Sáenz de Buruaga y la historia local

Su interés por la historia de Mérida le llevó, desde su puesto de director del Archivo Histórico Municipal, a abordar temas de otras épocas diferentes a las romana y visigoda, aparentemente *senza gloria*, pero que le motivaron grandemente y de ahí una de sus monografías más importantes: *Materiales para la Historia de Mérida*, un buen conjunto de referencias a aspectos de la vida de la ciudad desde 1633 hasta 1936, que él fue elaborando desde su muy apreciado puesto de director de la Biblioteca y del Archivo de la ciudad.

Su labor de divulgador de la historia de Mérida y de la importancia arqueológica de la ciudad le llevó a la publicación de centenares de artículos en la prensa local, regional e incluso nacional.

El Ayuntamiento supo valorar su obra y le consideró un emeritense más, al nombrarle Hijo Adoptivo de la



10. El día de su toma de posesión como Académico de Extremadura con sus compañeros el Marqués de Siete Iglesias, D. Javier de Salas y D. Juan de Ávalos y Sra. de Siete Iglesias (Foto: Archivo Álvarez-Nogales).

ciudad de Mérida, Cronista Oficial de la Ciudad y levantar un monumento a su memoria, en unión de la Asamblea de Extremadura y la Asociación de Amigos del Museo, en el jardín de la iglesia de Santa Clara, su lugar de trabajo durante tantos años. Además, le dio su nombre a la gran avenida que rodea el Teatro romano. Igualmente, un Instituto de Enseñanza de Mérida, por votación, fue bautizado con su nombre (figura 9).

Su obra profesional y científica fue también reconocida al concedérsele la Encomienda con placa de la Orden de Alfonso X el Sabio, el título de Oficial de las Palmas Académicas de Francia, por su labor -él, que era un francófilo convencido- al frente de la Alianza Francesa, unida al Consulado de la República gala que existió en Mérida durante algún tiempo, además de otras distinciones. Diversas academias le contaron entre sus miembros, entre ellas la Real de Extremadura de las Letras y las Artes en la que ingresó con un discurso, excelente, de síntesis: «Panorama de la Arqueología emeritense» (figura 10).

También la ciudad hermana de Badajoz, por generosa iniciativa de D. Guillermo Kurtz Schaefer, director del Museo Arqueológico, le dio su nombre a la plaza donde se ubica el referido museo que él atendió durante tantos años.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. y M.- NOGALES BASARRATE, T. (1988): *150 Años en la vida de un Museo, Museo de Mérida 1838-1988*, Mérida.

ARCE, J.-BLANCO FREIJEIRO, A. (1982): *Homenaje a Sáenz de Buruaga*, Madrid.

VELÁZQUEZ JIMÉNEZ, A. (2002): *Repertorio de bibliografía arqueológica emeritense II, Emerita 2000*, Mérida.

BIBLIOGRAFÍA SELECTIVA DE ÁLVAREZ
SÁENZ DE BURUAGA

ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1943): «Museo Arqueológico de Mérida I. Memoria II. Nuevas sepulturas romanas de Mérida. Los hallazgos de la calle de Furnier», *Memoria de los Museos Arqueológicos Provinciales*, IV: 44-52.

ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1945): «Don José Ramón Mérida y Don Maximiliano Macías. Su obra arqueológica en Extremadura», *Revista de Estudios Extremeños*, I-2, 2: 147-160.

ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. y GARCÍA DE SOTO, J. (1946): «Nuevas aportaciones al estudio de la necrópolis oriental de Mérida», *Archivo Español de Arqueología*, XIX, 62: 70-86.

ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1950): «Las ruinas de Emerita e Itálica a través de Nebrija y Rodrigo Caro», *Revista de Estudios Extremeños*, V-2, III-IV: 564-579.

ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1950): «Datos para el estudio de las antigüedades de Mérida. Una carta inédita conservada en la Real Academia de la Historia», *Revista de Estudios Extremeños*, VI-2, I-II: 305-311.

ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1951): «Un núcleo de enterramientos romanos en la campiña de Mérida», *II Congreso Arqueológico Nacional*. Madrid, 445-461.

- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1951): «Extremadura (Noticario)», *Archivo Español de Arqueología*, XXIV, 83-84: 259-262.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1954): «El escudo de Mérida y su origen romano», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, IX, 1: 229-244.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1957): «El nuevo hallazgo de la perdida lápida emeritense de Proserpina», *Archivo Español de Arqueología*, XXX, 96: 245-251.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1958): «Miscelánea emeritense del siglo XVI» *Revista de Estudios Extremeños*, XIV-2, II: 325-331.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1958): «Mérida y los viajeros (siglos XII-XVI)», *Revista de Estudios Extremeños*, XIV-2, III: 561-573.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1969): «Sobre la posible identificación de una iglesia visigoda dedicada a Santa María», *Archivo Español de Arqueología*, 42: 190-196.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1970): «Ex voto a Ataecina-Proserpina en el Museo de Mérida», *XI Congreso Arqueológico Nacional*, Zaragoza: 827-830.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1970): «Epitafio del obispo emeritense Fidel», *Habis*, 1: 205-207.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1971): *Mérida en el siglo XVII*, Badajoz.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1974): «Una casa romana, con valiosas pinturas, de Mérida», *Habis*, 5: 169-187.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1974): *Historia de Mérida*. Edición con crítica, comentario y notas de la escrita por Bernabé Moreno de Vargas (Madrid, 1633), Cáceres.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1976): «La fundación de Mérida», en A. Blanco (ed.) *Augusta Emerita. Actas del Simposio Internacional organizado con motivo del Bimilenario de Mérida*, Madrid: 19-30.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1976): «El Palacio del Duque dela Roca, de Mérida», *Actas del V Congreso de Estudios Extremeños*: 303-320.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1976): «Los primeros templos cristianos de Mérida», *Revista de Estudios Extremeños*, XXXII, I: 139-155.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1979): «El acueducto de "Rabo de Buey-San Lázaro"», *Estudios dedicados a Carlos Callejo Serrano*, Cáceres: 71-87.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1982): «Acerca del nombre de la colonia Augusta Emerita», *Museos*, 1: 5-7.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1982): «Observaciones sobre el teatro romano de Mérida», en J. M. Álvarez Martínez (ed.) *El teatro en la Hispania romana*. Mérida: 303-316.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1984): *Panorama de la Arqueología Emeritense*. Discurso leído ante la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes en la recepción pública del Excmo. Sr. D. José Álvarez Sáenz de Buruaga el 20 de Diciembre de 1981, Badajoz.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J., ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M. y RODRÍGUEZ MARTÍN, F. G. (1992): *La casa romana de «El Pomar»*. Jerez de los Caballeros (Badajoz), *Monografía de Cuadernos Emeritenses*, 4, Mérida.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1994): *Materiales para la Historia de Mérida (1633-1936)*, Los Santos de Maimona.